

Tema 1: ¿QUIEN ES JESÚS, EL CRISTO?

1.

2. Acercamiento al “Jesús histórico” y al “Cristo de la Fe”

Puede que el título de este primer apartado –“el Jesús histórico y el Cristo de la fe” te deje un tanto perplejo. Veamos. Lo primero que queremos hacer al acercarnos a Jesús, como a cualquier otro personaje interesante, es plantearnos algunas preguntas, como por ejemplo: **¿cuándo..., dónde... cómo... vivió?** Porque, aunque parezcan estas cuestiones muy simples, son, sin embargo, la base del estudio que queremos hacer sobre Jesús de Nazaret, para los creyentes, “**el Cristo**”.

Así, pues, comenzamos desde un debate que viene de unos años atrás –o mejor, de unos siglos e, incluso, de siempre-: ¡“**El Jesús histórico**” o “**el Cristo de la fe**”! O sea, el problema es el siguiente: para conocer cómo fue realmente “Jesús”, contamos casi exclusivamente, con los Evangelios. Y éstos -cómo sabemos- “*no se escribieron obedeciendo a un interés histórico –en el sentido moderno-, sino para dar testimonio de fe de que Jesús es el Cristo, el decir el Mesías*” (Cfr. W. Trilling).

Así, pues, partimos de que los Evangelios no son escritos históricamente “imparciales”, sino “parciales”. Están narrados por cristianos –convencidos- que buscan anunciar a Jesús como el Salvador. Entonces, la duda que se nos plantea es la siguiente (y es muy importante para continuar después en nuestra reflexión):

“¿Qué nos dicen los Evangelios? ¿cómo fue Jesús realmente? –y éste sería el JESÚS HISTÓRICO-;

¿o más bien, nos dicen “lo que los evangelistas creen sobre él, y quieren que creamos?” –y éste sería el CRISTO DE LA FE”.

Dicho de otra manera: *¿Existió realmente Jesús? ¿Fue como cuentan los Evangelios, o -casi todo- se lo “inventaron”? ¿Y si los evangelistas nos están “engañando”, y nunca existió un “Jesús” como el que ellos nos cuentan?*

(Aquí puedes tú mismo añadir otras preguntas que, sin duda, a ti mismo/a se te habrán ocurrido en más de una ocasión).

2. Evolución del estudio sobre “el Jesús histórico”

Supongo que no te imaginarás que eres la primera persona a la que se le ocurren algunas de estas preguntas sobre “*cómo fue Jesús de verdad*”. Desde finales del siglo XVIII ha habido mucha gente que se las ha hecho también (e incluso antes). Vamos a contar el resumen de estos dos últimos siglos de “investigación” y de las diversas “fases” por las que se ha ido pasando.

2.1. ETAPA INICIAL: Jesús histórico no existió. Sólo nos ha llegado el Cristo predicado por los apóstoles (el “Cristo de la fe”). Y esto es un mito. A finales del siglo XVIII, a un tal H. S. REIMARUS (1694-1768) dejó al morir unos “manuscritos” inéditos. Y diez años más tarde, un discípulo suyo publicó el último con el título “*la intención de Jesús y sus discípulos*”. Ahí se decía (entre otras cosas) que **Jesús** no había existido realmente. Este investigador sostenía que el Jesús que existía realmente en Palestina y el

Cristo que nos ha llegado por medio de los Evangelios no es el mismo. El primero –Jesús de Nazaret– fue un Mesías político que “fracasó”; el segundo –el Cristo de la fe– fue una invención de sus seguidores, que tras su “fracaso” supieron transformarlo en un “éxito”, diciendo que había resucitado, y era el Hijo de Dios, el Señor. Esta idea de que Jesús fue un “mito” la fueron desarrollando otros pensadores (como Baur, Strauss, Drews). Y aunque parezca que provocaron una gran crisis en el Cristianismo, sin embargo, en el fondo le hicieron un gran favor, porque consiguieron que otros se pusieran a “investigar” sobre “los datos históricos” de la figura de Jesús. Y poco a poco se fue demostrando que su postura de: “Jesús no existió realmente” era absurda, porque la referencia a Jesús salía en otras fuentes “no-cristianas” (aparte de los Evangelios y escritos del N.T.). Y (nosotros decimos que) sin el Jesús “histórico” –por otra parte– no hubiera habido Cristianismo.

2.2. SEGUNDA ETAPA: “¡Volvamos al Jesús histórico!”

Una vez que estaba claro que Jesús “sí” había existido, algunos autores intentaron reconstruir la “**historia del Jesús real**”. Pero entonces, prescindieron un tanto o un mucho del “Cristo de la fe”; o sea se pusieron a buscar al verdadero Jesús dando por supuesto que la imagen transmitida por la Comunidad Cristiana era “falsa”. A estos “investigadores” se les reconoce como miembros de la “*Escuela liberal*”. Y el más representativo era un alemán –como la mayoría– llamado Adolf von **HARNACK** (y su libro más famoso fue “*La esencia del cristianismo*”, de 1899). Harnack y sus seguidores presentaron a Jesús como una especie de “maestro” que hacía discursos de “moral elevada”, y la predicación de Reino de Dios como una especie de “ética racional moderada”.

El esfuerzo fue grande, **pero** el hecho de querer “saberlo **todo** sobre Jesús” le había llevado a crear las más “fantásticas imágenes” sobre Jesús.

Por eso, uno de los mismos discípulos de Harnack, llamado **Albert SCHAWETZER** (pastor protestante), también se dedicó a la “**reconstrucción**” del **Jesús histórico**. Escribió un libro muy sincero en 1906, “*Historia de la investigación sobre la vida de Jesús*”, en el que reconocía que Harnack –y sus seguidores– habían “fabricado” un Jesús a su medida... pero que **era imposible** reconstruir la figura del **Jesús histórico** prescindiendo del “**Cristo de los Evangelios**”. Y para dar ejemplo (de que él sí estaba con el Evangelio), renunció a su cátedra de teología, estudió medicina y se fue de misionero “evangelizador-comprometido” a trabajar en una leprosería en África (¡Esto sí que es un tío coherente!, ¿no?).

Así se puede decir que se da por concluida esta etapa de “búsqueda” del Jesús-Cristo del Evangelio.

2.3. TERCERA ETAPA: *No hace falta saber nada del Jesús histórico; nos basta con el Cristo de la fe.*

Esta nueva fase de “investigación” sobre Jesús, la inaugura un tal Martín **KÄHLER** (y te puedes imaginar de dónde era: pues sí, “alemán”). En el año 1892 dio una famosa conferencia que tituló “*El pretendido Jesús de la historia y el Cristo real de la Biblia*”, que concluía así: “**El Cristo real es el Cristo que fue predicado**”. Hablando de un modo “desenfadado”, podemos decir que era algo así como “lo de la zorra y las uvas”: no importa que no lleguemos (a las uvas) al Jesús histórico, porque (están verdes...), **nos basta con el Cristo de la fe**.

Pero, uno de los seguidores de Kähler, que continuó “profundizando” en este argumento fue **R. BULTMAN**, que afirmó que el Nuevo Testamento estaba revestido de un lenguaje “*mítico*” y no tenía sentido buscar al Jesús histórico, sino tratar de vivir a fondo su Mensaje...

Éste ya no volvió a las andadas de la etapa de **Reimarus** y compañía, aunque reconocía lagunas importantes para acceder a Jesús: “*En cualquier caso –decía- la duda a cerca de si Jesús ha existido realmente no tiene ningún fundamento, y no merece ser refutada. Es indiscutible que Jesús esté en el origen del movimiento histórico cuyo primer estadio palpable lo representa la Comunidad primitiva palestinese*”.

Dicho de otra manera, lo importante es la **fe** que se tiene en Él. La ciencia podrá llegar a decir que un hombre –Jesús- murió en la cruz hace dos mil años, pero nunca podrá intuir que, en esa muerte, *Dios estaba reconciliando al mundo consigo* (Cfr. 2Cor 5 ,19). Eso sólo lo puede afirmar la fe. Por tanto, estamos ante una etapa “**fideísta**”, basada en que toda investigación “científica” es... (poco menos que) inútil.

2.4. CUARTA ETAPA -o sea, la postura más actual (por ahora)-:

“**Algo podemos saber sobre Jesús, el Cristo**”.

Fue un seguidor de R Bultman, Ernst **KÄSEMANN** en su conferencia: “*El problema del Jesús histórico*” dada en 1953, el que ha puesto las cosas en su sitio. Según él, a través del Nuevo Testamento **sí** que podemos reconstruir **una imagen mínima histórica de Jesús**, como por ejemplo: “es seguro que Jesús fue discípulo al comienzo de Juan el Bautista, que predicó sobre el Reino de Dios, que se acercó a los marginados y pecadores, y que sufrió la condena a morir en una cruz...”

Ningún historiador medianamente sensato (ateo o agnóstico) se atrevería a negar en serio estos datos mínimos.

En esta misma línea se sigue reconociendo actualmente que **sí** necesitamos conocer **aspectos imprescindibles** de la figura del Jesús de la historia, ya que, si la fe tiene que afirmar lo contrario de lo que dice la Historia, los creyentes correrían el riesgo de caer en una especie de “esquizofrenia” o división interior. Los actuales investigadores afirman que **no** se da una **discontinuidad** radical entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe; de modo que es posible “**saber lo fundamental**” sobre Jesús histórico, y eso -por mínimo que sea- tiene un gran valor para la madurez de fe en Jesucristo.

En resumen, el proceso crítico sobre la cuestión histórica de Jesús, sería esta:

1º Tesis de **Reimarus**: Jesús de Nazaret y el Cristo de la fe no son la misma realidad. El Jesús histórico no existió, fue una “mitificación” elaborada por el grupo de los discípulos.

2º Es la etapa del **historicismo**. La historia puede tener acceso al Jesús real. (Aunque se dio un resultado un tanto negativo, ya que se “describieron” distintas imágenes sobre Jesús.

3º Es la etapa del **fideísmo**. Basta el Cristo de la fe, o sólo la fe descubre el misterio de Jesús. No interesa la historia, sino sólo el Mensaje (“kerigma”).

4º Un **mínimo de datos** históricos es indispensable para la fe en Jesucristo.

3. Fuentes No-cristianas y Cristianas sobre la vida de Jesús

Hemos quedado en que ya ningún historiador medianamente sensato, duda de la existencia de Jesús. Pero, *¿qué podemos saber realmente sobre él? ¿Existen fuentes históricas que nos digan cosas acerca de él?*

Pues sí; y las podemos dividir en dos grandes grupos: las elaboradas por los **cristianos**: el Nuevo Testamento, especialmente los Evangelios, y las presentadas por escritores o historiadores **no-cristianos**, tanto judíos como romanos. Los documentos no-cristianos tienen un gran valor, ya que son testimonios más “imparciales” al no tener ningún interés

hacia Jesús, o mejor son bastantes hostiles tanto hacia Jesús como al mismo cristianismo. Vamos a empezar por estas últimas fuentes, si te parece bien, (y si no, también).

3.1 Fuentes No-cristianas:

A) DOCUMENTOS O TESTIMONIOS ROMANOS: como sabes los romanos, en general, fueron buenos “historiadores”, y encontramos algunas referencias a Jesús por parte de algunos de ellos; eso sí, breves, pero suficientes para confirmar su existencia histórica. Veamos:

.Cornelio Tácito (55-116 d. C.). Es historiador y en su obra “*Anales*”, que cuenta la historia que va desde el emperador Augusto (14 d.C.) hasta la muerte de Nerón (68 d.C.), dice lo siguiente al explicar el famoso incendio de Roma atribuido por Nerón a los cristianos:

“Para cortar los rumores, Nerón señaló como culpables, y castigó con mayor crueldad a una clase de hombres aborrecidos por sus vicios, a los que el pueblo llamaba “cristianos”. Y los entregó al más refinado castigo. El fundador de este nombre, Cristo, había sido ejecutado, bajo el gobierno de Tiberio, por el procurador Poncio Pilato. Pero la corruptora superstición, reprimida por el momento, volvió a resurgir, no sólo en la región de Judea, donde había nacido aquella perdición, sino también en la ciudad de Roma, adonde confluyen y encuentran aceptación cuantas cosas hay bárbaras y escandalosas...” (Libro XV de los Annales, c. 44)

.Suetonio, otro historiador, de finales del siglo I, en su “*Vida de Claudio*”, menciona al mismo **Cristo** (“*Chrestus*”, dice él) al contar que este emperador (sí el de la película, “Yo, Claudio”) expulsó el año 49 a los judíos de Roma, seguramente por disputas entre algunos judíos cristianos y los no-cristianos, y dice así: “...*Como los judíos provocaban tumultos continuos a instigación de Chrestus (Cristo), los expulsó de Roma*”. (Vita Claudii, XXV, 14).

.Plinio el Joven (61-112 d.C) gobernador de Bitinia, escribió una carta hacia el año 110 al emperador Trajano pidiendo instrucciones para obrar contra “*los cristianos*”... que “*tienen costumbre de reunirse en días señalados antes de salir el sol y cantar, alternando entre sí a coro, un himno a Cristo como Dios*” (Epist. X, 96-97).

Se trata, como se puede ver, de simples alusiones a la figura de Cristo, pero no deja de tener su “valor” para la historia.

B) FUENTES JUDIAS:

.Flavio Josefo (38-100 d.C.), fue un importante historiador judío, que casi se puede considerar medio romano, pues aunque luchó contra los romanos en las guerras de la independencia judía (65-70 d.C), acabó pasándose al bando de los vencedores y viviendo en Roma a costa de los emperadores Vespasiano y Tito. Escribió entre otras, dos obras muy importantes: *Sobre la guerra judía* y *Antigüedades judías*. En esta última, Josefo menciona dos veces a Jesús: una, indirectamente, al hablar de *Santiago, hermano de Jesús, llamado el Cristo* (Libro XX, c. 200), y la otra, directamente, (aunque el pasaje fue ampliado posteriormente por algún cristiano introduciendo incisos favorables a Jesús). He ahí el texto –en cursiva-, con las introducciones:

-“En esta época (hacia el año 30) apareció Jesús, hombre sabio, si es que se le puede llamar hombre, porque realizaba obras maravillosas, maestro para quienes acogen con agrado la verdad. Se atrajo a muchos judíos y también a muchos gentiles. Era el Cristo.

Cuando *Pilato*, instigado por los principales de entre los nuestros, *lo condenó a la cruz*, los que le amaron antes no pudieron olvidarle, *pues se les apareció vivo al tercer día: en efecto, los divinos profetas habían predicho de él ésta y otras mil casos maravillosas*. La gente cristiana, que de él recibió este nombre, no se ha extinguido hasta el día de hoy” (Ant. XVIII, 3,3).

.El Talmud. Se trata de un conjunto de libros judíos –recopilados hacia los siglos V y VI d. C.- que recogen “tradiciones” relativas al pueblo de Israel (a partir del siglos I). En su versión “babilónica” en el llamado “**tratado del Sanedrín**”, se alude a Jesús en un texto (probablemente del siglo II):

-“*En la víspera de la fiesta de la Pascua se colgó a Jesús. Cuarenta días antes había pregonado el heraldo: “Será ejecutado porque ha practicado la hechicería y ha seducido a Israel. El que tenga que decir algo en su defensa, venga y dígallo”. Pero como no se alegó nada en su defensa, se le colgó en la víspera de la fiesta de Pascua*” (Sanedrín, 43a).

A este texto se le añadió un comentario de un rabino del siglos III:

-“*Ulla dijo: ¿Suponéis que era alguien por quien se pudiera formular una defensa? ¿Acaso no era un embaucador, acerca del cual dice la Escritura: No le perdonarás, no lo ocultarás (Dt 13, 9)? En el caso de Yeshua (=Jesús), sin embargo, era distinto, porque se relacionaba con la realiza*”.

Y como éstos, hay muchos más textos en el Talmud, en general ofensivos hacia Jesús y los cristianos. Pero esto sigue demostrando que a partir de los años 70 d.C. hay hacia ellos una **actitud hostil**, a la vez que son una **prueba** irrefutable- desde el punto de vista histórico- de la existencia real de Jesús de Nazaret, de su muerte y de que, a partir de él, se originó un movimiento religioso propio: el Cristianismo.

Dice un biblista actual (que ha sido mi profe), Juan José Bartolomé: “*Estas fuentes no-cristianas son interesantes en la medida en que confirman que los contemporáneos de Jesús, que llegan a tener noticias sobre él, no dudaron nunca de su existencia, aunque tampoco se preocuparon mucho por él. Únicamente los cristianos, que lo confesaron como su Señor Viviente, se interesaron por él, y a ellos debemos cuanto de Jesús podemos saber hoy*” (cfr. Bartolomé, J.J., Jesús de Nazaret, Orient, 1981, p. 20).

3.2. Fuentes Cristianas:

Aparte de los cuatro **Evangelios canónicos** se pueden encontrar *hechos y palabras* de Jesús en **otros escritos** del Nuevo Testamento, como algunas **fórmulas o himnos** de los años 40 y 50 (por tanto más antiguos que los mismos evangelios). Estos aparecen, por ejemplo en Hechos de los Apóstoles (Hch 3, 13 ss): *El Dios de Abraham... ha glorificado a su siervo Jesús, al que vosotros entregasteis y rechazasteis ante Pilato...;* (Hch 4, 10 ss: *Pues conste a todos ... que ha sido en nombre de Jesucristo el Nazareno, a quien vosotros crucificasteis y Dios resucitó de la muerte...*”; 1Cor 15, 3ss: Aquí habla Pablo: “*Ante todo yo os transmití lo que había recibido: que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras...*”.

Aparte de estas **fórmulas** también nos encontramos con una serie de “**agrapha**” (es decir, *palabras de Jesús*) recogidas en escritos como: 1Cor 7, 10; 1Cor 9, 14; 1 Cor 11, 23 ss: (“*Pues yo –dice Pablo- recibí del Señor lo que os transmití: que el Señor, la noche que era entregado, tomó pan, dando gracias lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía...*”). También en los **evangelios apócrifos** (dentro de sus elementos, a veces un tanto “fantásticos”) contienen elementos “históricos” sobre Jesús.

Desde luego, los cuatro Evangelios canónicos son la **fuentes principal** para conocer a Jesús. Ya hemos visto en el punto anterior cómo se consideraba desde **Käsemann** que en

lo esencial dan un *retrato histórico fiable* de Jesús de Nazaret. Algunos estudiosos del tema llevan mucho tiempo buscando saber qué **frases** del Evangelio son históricamente seguras, que las pronunció Jesús “al pie de la letra” (Ellos las llaman *ipssisima verba Jesu*, que, cómo bien sabes, vienen del Latín y se traducen así como *palabras textuales del mismo Jesús*).

4. La “verdad” de Jesús en el Evangelio?

La reflexión anterior, nos lleva a preguntarnos: “*Entonces los Evangelios, ¿qué son, y qué nos muestran realmente de Jesús?*”

(Aunque ya sabemos algo sobre esto al haber estudiado Biblia, sin embargo, no viene mal recordar los aspectos fundamentales).

Los evangelios no son “*reportajes*” de la vida de Jesús; no pretenden calcarnos los acontecimientos de forma que podamos llamarlos “álbum fotográfico”. Y para mostrarlo de una forma más clara nos podemos fijar en estos –y otros- detalles:

.En algunos casos **existen diferencias** importantes entre los Evangelios al narrarnos el mismo hecho. De entre los muchos ejemplos que podrían darse, se pueden consultar los siguientes paralelos: Mt 8, 5-13 y Lc 7, 1-10 (curación del criado del centurión: el final es distinto en cada uno de los evangelios); Mc 6, 8-9 y Mt 10, 9-10 (Hablan sobre lo que deben –o no deben- llevar sus enviados).

.Existen también algunas aparentes “contradicciones” entre los diferentes evangelios. Por ejemplo, cuando se narra el bautismo de Jesús, el relato que hace el evangelista San Juan hace suponer que Juan Bautista no conocía a Jesús antes del bautismo (Jn 1, 31-34), mientras que el relato de San Mateo da a entender lo contrario. (Mt 3, 14).

.Asimismo, hay ciertos “desacuerdos” en lo que se refiere a la **cronología**, a la ubicación y al orden de algunos acontecimientos. Por ejemplo, el evangelista San Juan coloca el episodio de la expulsión de los mercaderes del templo al principio de la vida pública de Jesús, en su primera visita a Jerusalén (Jn 2, 13-22), mientras que el resto de los evangelistas lo colocan en su última visita a Jerusalén, en los días inmediatos a su muerte (Mc 11, 15-19).

Y como esto, podíamos poner muchos ejemplos más –las bienaventuranzas que cita Mt y Lc, el padrenuestro, etc.- en que se ven las “diferencias” entre los diversos evangelios. Lo cual nos lleva a plantearnos que los evangelistas **tenían otras pretensiones**, que **no** eran hacer un **reportaje** “fotográfico” de los hechos tal cual.

O sea, como conclusión, podemos decir que **los evangelios** hay que verlos, más bien, como el *testimonio de creyentes*, escritos después de la resurrección de Jesús y, por lo tanto, **no** son documentos “**neutros**”; en ellos hay una “**intencionalidad**”: pretenden anunciar a Jesús tal como lo comprendieron los discípulos después de haber sido –como ellos mismos decían- “testigos de su resurrección”. Así, pues, los acontecimientos de la vida de Jesús fueron vistos con “otros ojos” –los ojos de los que han creído en Él como “**Señor Resucitado**”- y aparecen *iluminados* con la Luz de la Pascua, del triunfo del “*crucificado*”.

En este sentido las narraciones que hacen los evangelistas de los acontecimientos de la vida de Jesús **no** pretenden ser “reportajes fotográficos” (científico-históricos) de los mismos, sino, en cierta manera, “**confesiones de fe**”. Los discípulos de Jesús comprendieron realmente quién era realmente ese *Jesús* a partir de su Resurrección. Entonces, al volver sobre los acontecimientos de su vida, descubrieron en ellos los signos, la huellas de esa personalidad que acababan de descubrir, signos y huellas que ellos mismos no comprendieron ni supieron descubrir cuando los vivieron con el mismo Jesús

histórico (Cfr. Mc 6,52; 7, 17-18; 8, 17-18; etc.). Una “nueva visión” de los hechos quedaba proyectada en los relatos de los Evangelios.

Admitir lo dicho, no implica que se dude de la “verdad” de los Evangelios. **Un ejemplo** como comparación, nos permitirá quizás comprender dónde reside la *verdad histórica* de una Tradición (como son los Evangelios): En un poblado del interior de un pobre país acaba de fallecer una señora venerable. A su lado están dos de sus tres hijos. El otro había partido anteriormente en busca de mejor fortuna a una nación más desarrollada. Uno de los vecinos que han tenido contacto en los últimos momentos de su fallecimiento, viene de viaje a esta nación, y tiene la suerte de encontrarse con este hijo. Al comunicarle la triste noticia, aunque respetando el dolor, le narra lo más exacto y técnicamente posible los detalles de la última enfermedad que llevó a la muerte a su madre. Este hijo se hace una “idea bastante clara” de cómo ha sido dicho fallecimiento; pero en su deseo de estar unido, por el espíritu de su madre, con sus hermanos, regresa junto a ellos. Y allí escucha, de boca de esos hijos que apreciaban a su madre, “el testimonio de estos últimos momentos”. La mayoría de los detalles “técnicos/científicos” de la enfermedad quedan en el olvido; pero lo que no pasan por alto son “las expresiones de cariño” que esa madre tuvo para con ellos. Cada uno de los hermanos repite “recuerdos llenos de ternura” de diversas formas. Y el hijo ausente se hace una idea de los aspectos fundamentales de esa madre...

Hasta aquí la narración del ejemplo. Algo así pasa con lo que aparece en los Evangelios. La narración sobre la persona de Jesús, no es vista igual por quienes han sentido un “cariño especial” –discípulos/testigos de su muerte y de su vida y... *Resurrección*- que otros “autores” que, simplemente han tenido –o hubieran tenido- noticias “frías” de su existencia...

Ahora, nos podemos preguntar, ¿cuál es la “verdad” sobre estos últimos instantes de la vida y muerte de esa madre (o en nuestro caso, de Jesús), la que nos narra un “científico-historiador” (doctor en medicina) con todo tipo de detalles “técnicamente exactos”, o más bien, la descrita por los “testigos directos”, que lo hacen desde la óptica del “cariño y el aprecio”?

Los Evangelios (narrados por “testigos-directos”) están más cerca de esta segunda “verdad”, donde lo que les importaba no es tanto la “exactitud histórica” de los hechos, cuanto el acercamiento cariñoso a la figura de su Maestro –muerto y resucitado-. Así, pues, no se niega la “verdad” del Evangelio sobre Jesús; simplemente se afirma que “esta verdad” está expresada desde otra óptica que hay que comprender desde “el aprecio”, y “desde la fe”.

5. Criterios para acercarnos a Jesús y su mensaje:

Como hemos dicho, a pesar de que los Evangelios nos presentan la personalidad de Jesús “coloreada” por la fe de los discípulos, sin embargo admitimos que “**sí podemos saber algo sobre él**”. Estos datos que podemos conocer como “verdaderos históricamente” de Jesús, los verificamos gracias a una serie de “criterios”, como son:

5.1. Criterio de atestación múltiple:

Podemos afirmar que un dato es “histórico” cuando lo encontramos en todos o en la mayoría de los evangelios, así como en otros escritos del Nuevo Testamento. Si además ese dato está expresado con géneros literarios diversos, la afirmación de que es un dato con “certeza histórica” queda reforzada. Por ejemplo: los escritos del N.T. señalan que la actitud de Jesús con las personas marginadas de la sociedad de su tiempo (pobres, pecadores, gentiles...) es una actitud de acogida y de cariño, y lo podemos comprobar

además en diferentes parábolas, discursos, acciones..., **concluiremos** que “históricamente” esta fue la actitud de Jesús ante este tipo de personas.

5.2. Criterio de discontinuidad o ruptura:

La crítica histórica considera que un determinado “dato” del Evangelio es **auténtico cuando** la “mentalidad” del Judaísmo contemporáneo a Jesús –e incluso, la misma “mentalidad” de la Iglesia en tiempos del evangelista- **no puede explicarlo**; o sea cuando **frases o hechos** de Jesús suenan muy *extraños o “duros”* para la “mentalidad” de los judíos, (o para la misma Comunidad Cristiana posterior a Jesús), y sin embargo están puestos en los Evangelios, **suele ser señal** de que efectivamente fue “hecho” o “dicho” por el “*Jesús histórico*”. Ejemplo: la expresión “*abba*” (en hebreo “papá”) con la que Jesús se dirige a Dios, quiere decir que **es cierto**, ya que a un judío no se le hubiera ocurrido ni por asomo dirigirse con esta expresión al mismo Dios, por lo que suponía de irreverente (y más cosas...). Otro ejemplo: los primeros *testigos* de Jesús resucitado fueron precisamente *mujeres* (y así aparece en los evangelios). Este dato **es cierto**, ya que si lo que pretendían era convencer a otros de la “resurrección de Jesús –con cualquier medio- no se les hubiera ocurrido recurrir precisamente al “testimonio de la mujeres”, pues, (como ya sabemos) en esa época este testimonio de “mujeres” no tenía ningún valor. Luego, si los Evangelios lo cuentan así, *es señal* de que **no** se lo “intentaron”. Y otro ejemplo más: ¿Cómo podemos imaginar a un judío afirmando que el Mesías murió en una “cruz”? (ya sabemos también lo que significaba morir –ser ejecutado- en una cruz-. Era una gran humillación para un judío; “signo” contrario de lo que suponía el “poder” que se suponía que debía traer el Mesías prometido... Y sin embargo, los autores de los Evangelios –que eran “judíos”- lo ponen; *señal* de que fue así “históricamente”, y ellos no lo pueden “tergiversar”, a mucho que les pese...

Como vemos este “criterio de ruptura” (con lo que era “su lógica”), nos muestra la “veracidad de ciertos hechos de la vida de Jesús.

5.3. Criterio de continuidad o conformidad:

Este otro “criterio” –de continuidad o conformidad- se suele usar en combinación con el anterior. También se aceptan palabras o hechos de Jesús cuando son “conformes” y “**coherentes**” con el núcleo conocido de actuación y/o mensaje, y con la situación cultural y geográfica de su tiempo. Por ejemplo, el “ambiente campesino” de algunas parábolas. Jesús las cuenta porque conoce muy bien ese ambiente. Es algo que le salía espontáneo y lo dominaba, ya que se había criado y vivido en él. Aquí los evangelistas lo único que hacen –a pesar de escribir para destinatarios a veces “situados” en otros ambientes (por ejemplo en Roma, en Corinto, etc.), es “recordar” y “recrear” el contexto donde fueron desarrollados los hechos.

Hay otros “criterios” más para intentar acercarnos a la “verdad” histórica de la personalidad de Jesús. Pero aquí, simplemente, basten estos dos “criterios” para mostrar cuál puede ser el camino para acceder a ese reconocimiento “histórico” de Jesús.

Y, cierto también que muchos “datos” de los Evangelios no podrán ser “comprobados” por estos “criterios”. Ello no quiere decir que sean “falsos”, sino tan sólo que una ciencia como la “crítica histórica” no los puede certificar ahora con toda exactitud.

6. Conclusiones:

Al final de este capítulo, sólo se nos ocurre que podemos señalar como **admisiones ciertas** de la “crítica histórica”, al menos, los siguientes **datos evangélicos**:

- la condena y la muerte de Jesús en una cruz, con esto se da un “fracaso externo” a su Proyecto;
- la predicación del Reino,
- la realización de “gestos” milagrosos;
- la la relación o contacto por parte de Jesús con Juan Bautista, al menos al comienzo de su vida pública.
- la llamada por su parte a un grupo de discípulos (“distinto” de los habituales de los rabinos), que le sigue;
- y la relación especial con su Dios, al que le llama “abba”.